



El loro y el mercader

Un relato del *Masnawi*, libro 1, de Rumi

Ali A. Mazhari



Un sabio mercader tenía un precioso loro de dulce voz encerrado en una jaula que, al agitar sus plumas, mostraba miles de colores y cuyo canto, que era su expresión de amor desconsolado, producía raptos en el mercader, su propietario, aunque era éste inconsciente de sus penas secretas, del dolor de su corazón. Incapaz de ser su confidente, el mercader se contentaba con alimentarlo y ocuparse de las necesidades de su cuerpo, y consideraba esto un servicio digno.

Un día, decidió hacer un viaje de negocios a la India. Reacio a dejar su querido hogar, reunió a todos sus sirvientes y generosamente preguntó a cada uno de ellos qué querían que les trajera de aquella tierra lejana. Después de preguntar a cada uno de los sirvientes, se volvió hacia el loro que estaba en su jaula.

Preguntó al loro: “¿Qué regalo deseas que te traiga de esos parajes de la India?”

El loro le respondió: “Cuando veas allí a los loros, háblales de mí y de mi estado”.

El loro le dijo al mercader que explicara a los loros de la India que él tenía un loro hablador en casa, un querido pariente suyo, desterrado de su tierra y suspirando por volver entre ellos. Al estar prisionero en una jaula, no podía desplegar sus alas y regresar. Pidió al mercader que saludara de su parte a los loros de la India y que les hablara de su dolor y de su anhelo por su patria y por sus familiares y amigos.

El loro quería que el mercader les contara su lamento, diciéndoles:

“Cierta loro, que anhela vuestro encuentro, se halla por destino del Cielo cautivo en mi casa.

Os saluda y os ruega que le digáis cuál es su remedio, qué debe hacer”.

Él os pregunta: “¿Es justo que yo, añorándoos, sufra tanto aquí lejos de vosotros?”

*¿Es correcto que deba estar encerrado,
mientras vosotros estáis bien en los prados, bien en los árboles?
¿Es ésta la fidelidad de los amigos:
yo en esta prisión y vosotros en la rosaleda?»*

El mensaje del loro era una queja, porque sus compañeros estaban retozando y divirtiéndose con sus amadas mientras que él gemía, atrapado y solo en el exilio, prisionero en una celda. Mientras ellos bebían un vino especial, su única bebida era su propia sangre y su amarga hiel. Y les pedía:

*«Bebed un vaso de vino en recuerdo de mí,
si queréis ser justos conmigo;
o, al menos, cuando hayáis bebido,
derramad un trago sobre la tierra
para recordar a este pobre caído en el polvo».*

El mercader estaba profundamente conmovido por esta revelación del dolor del loro y se dio cuenta de que, a pesar de todo el lujo y confort que le había dado, la dorada jaula no dejaba de ser una jaula, que no hacía otra cosa sino intensificar su dolor por estar separado de su patria. El mercader aceptó el mensaje y prometió que lo trasladaría a los parientes del pájaro.

El mercader partió hacia la India. Cuando llegó, dedicó un tiempo a sus negocios. Una vez terminadas sus transacciones, estaba en disposición de realizar los encargos de sus sirvientes y de comprar los regalos prometidos. Después fue en busca de la tierra de los loros. Lo llevaron a la gran sabana donde viven éstos, bandadas enteras de loros, en el suelo y en los árboles.

Tras entregar el mensaje que se había comprometido a llevar:

*Uno de los loros se estremeció y, acto seguido,
cayó muerto, exhalando su último suspiro.*



Liberación, 1998. Stavros Tsikoudakis

Parecía que el pobre pájaro había reaccionado a la triste historia de su pariente encarcelado en esa tierra lejana, sufriendo un impacto tal que su corazón se había detenido; se tambaleó en la rama y cayó fulminado al suelo. La identificación con uno de los suyos recluido en una tierra extraña había sido demasiado para él y una repentina punzada de simpatía le había costado la vida.

El mercader estaba arrepentido de haberles dado la noticia y se dijo: "Causé la muerte a esta pobre criatura. ¿Por qué hice esto?, ¿por qué traje este mensaje? ¡He destruido a este pobre desdichado con este crudo discurso!"

El mercader tenía roto el corazón y así permaneció el resto del viaje. Cuando llegó a su casa, entregó los regalos y fue aclamado por sus criados, pero se sintió mal cuando se acercó a la jaula del loro. No quería relatar lo ocurrido, pero el pájaro insistió: «Has dado a todos los demás su regalo. ¿Qué hay de la promesa que me hiciste a mí?». El mercader suspiró y dijo estar arrepentido de haber llevado el recado. Explicó al loro que había repetido fielmente su mensaje, y el loro le preguntó la causa de su arrepentimiento. Entonces el mercader relató lo ocurrido con el loro en cuestión:

«Aquel loro percibió el aroma de tu dolor, su corazón se quebró, se estremeció y murió. Quedé afligido pensando: '¿Qué he dicho?' Pero una vez dicho, ¿de qué sirve el arrepentimiento?»

Tan pronto pronunció el mercader estas palabras, el loro comenzó a reaccionar de la misma manera, estremeciéndose y agonizando, y cayó de su percha al suelo de la jaula quedando allí frío y rígido. Esto fue demasiado para el mercader, que había visto por dos veces el desastroso efecto de unas palabras que se había comprometido a trasladar entre dos tierras lejanas. Sin embargo, en esta ocasión la tragedia había ocurrido en su casa y había afectado a su querido animal. Se golpeó el pecho y rasgó sus vestiduras, y se recriminó por las consecuencias de lo que su lengua, inocentemente, había provocado.

Lloró: «Oh, mi dulce y precioso loro, ¿qué te ocurrió?, ¿por qué acabaste así? ¡Ay, mi pájaro de dulce voz! ¡Ay, amigo del alma, confidente mío!»

El mercader lloró, por haber perdido su inestimable compañía y, más aún, por haber sido él el culpable de su muerte. Continuó gimiendo y lamentándose por su pérdida:

«¡Ay, mi pájaro de tan bello canto, el vino de mi espíritu, mi rosaleta celestial! De haber tenido Salomón un pájaro como éste, no se hubiera ocupado de los demás pájaros.»

Después de atormentarse por lo sucedido, alternando el duelo por el fallecimiento del loro y las maldiciones por haberlo provocado, se dio finalmente cuenta de que por mucho que se angustiara el pájaro no iba a regresar. Sintió entonces que todo lo que podía hacer era coger su pequeño cuerpo, acariciarlo y deshacerse de él con honor y respeto. Así, abrió la pequeña puerta y:

Después de esto, lo sacó de la jaula. [De repente,] el pequeño loro voló hasta una alta rama. El loro muerto se elevó tan velozmente como el sol al salir por el este.

Tan repentina vuelta a la vida del pájaro pilló desprevenido al mercader, dejándolo anonadado. El impacto fue tan intenso que se tambaleó y quedó perplejo y asombrado. Finalmente, sintió que allí había un misterio. Se preguntaba cómo era posible que lo ocurrido al loro de la India, tal como lo había relatado, provocara una reacción idéntica en su loro. Llamó al pájaro, posado en su rama, y le preguntó por el significado de este misterio; qué había hecho aquel loro de la India para que él, aprendiéndolo, hubiera utilizado esa trepa para conseguir la libertad.

El loro respondió: «Mediante su acto, me aconsejó: 'Abandona tu dulce voz y tu afecto [a tu dueño], porque tu voz te ha hecho prisionero'. Simuló la muerte para que me llegara su consejo: '¡Oh, tú que te has convertido en cantor para todos, hazte el muerto como yo, para poder alcanzar la libertad'».

El loro explicó al mercader que el significado del mensaje de su pariente, que se había hecho pasar por muerto, era que debería renunciar a su condición de prisionero y conseguir la libertad. Lo interpretó de la siguiente manera:

«Si eres una semilla, los pajaritos te picotearán; si eres un capullo, los niños te arrancarán. Esconde la semilla y conviértete en trampa; esconde el capullo y conviértete en hierba de tejado. Hacia el que vende en almoneda su belleza, se encaminan cientos de desgracias.»

Tras explicar el sentido del consejo que había recibido y conforme al cual había actuado, el loro se puso a aconsejar al mercader desde su rama. El asunto, explicó, consiste en desear la muerte voluntaria del ego, antes de que llegue la muerte material, la inexorable, para de esta manera liberarse de la jaula del mundo de la multiplicidad y volar hacia la Unidad.

Dicho esto, el loro se despidió. El mercader se despidió de él, deseándole la mejor suerte, mientras el loro se alejaba libre.

El mercader se dijo: «Este es un consejo para mí; seguiré su camino, pues es una senda radiante. ¿Es mi alma peor que la del loro? El alma debería seguir la senda de los nobles.»

